

zar con grandes dificultades, ya por la equivocada opinion, que llegó á generalizarse con motivo de la alianza francesa, juzgándola como causa bastante para que quedara asegurada la independencia de los Estados-Unidos, ya por la extraordinaria baja del papel moneda, que produjo en el ejército el general descontento. Esto último dió lugar en mayo de 1779, á que los oficiales de un regimiento de Nueva-Jersey, mal pagados, cargados de deudas contraídas durante el servicio, temerosos de su suerte futura y la de sus familias, elevasen á la asamblea de aquel Estado una exposicion declarando que presentarían la dimision dentro de tres dias, si no se atendía á sus reclamaciones y se les pagaba mejor.

Washington comprendió las funestas consecuencias de tal resolucion, si se llevaba á cabo, y con este motivo escribió una carta al general Maxwel, á cuya division pertenecian aquellos oficiales, expresándose en los siguientes términos:

» Nada me ha sido tan doloroso durante toda la guerra, como la medida tomada por los oficiales del primer regimiento de Nueva-Jersey, presentando la exposicion de que me hablais, y no puedo ménos de calificarlo de un paso imprudente que acaso condenarian tambien los mismos interesados si reflexionaran un poco. Comprendo cuántas son las contrariedades que sufren los oficiales del ejército, y espero que esos señores me harán la justicia de creer que son incesantes mis esfuerzos para procurarles algun alivio; pero deben conocer, sin embargo, que satisfacer sus deseos es más difícil de lo que parece. Nuestros recursos han sido hasta aquí muy escasos, pues el estado de la Hacienda entorpece la marcha de los negocios, y aunque para todo hay remedio, debe tenerse en cuenta que no es obra de un momento. No se le ocultan al gobierno el mérito y los grandes sacrificios de los oficiales, y anhela recompensarlos; pero es preciso fijarse mucho para persuadirse de que los medios de que hoy dispone son muy limitados.

» Algunos Estados han procedido de la manera más generosa que les era posible, y si otros no pudieron imitarles, debe atribuirse sin duda á alguna causa particular, que estoy seguro desaparecerá con el tiempo. La paciencia y perseverancia del ejército en todas ocasiones, son cualidades que no pueden ménos de honrarle, tanto en el país como fuera, y esto siempre me inspiró más ciega confianza en sus vir-

tudes, lo cual me ha consolado en medio de los disgustos y reveses de fortuna á que tanto yo como los demás nos habíamos de ver expuestos en la presente lucha.

» Y precisamente ahora que estamos á punto de llegar al término de nuestros propósitos, de modo que no pueden defraudarse nuestras esperanzas, á no ser que abandonáramos vergonzosamente nuestros intereses, un cambio de principios, y acaso el olvido de lo que nos debemos á nosotros mismos y al país, esterilizaria tantos esfuerzos. Si yo creyera que podia suceder tal cosa, fuera indecible mi disgusto y mi pena, considerándome herido en mi honor, que aprecio tanto como el de todo el ejército. Pero esto me parece imposible: cualquier cuerpo de nuestras tropas que pensara sentar tal precedente, pesaria muy bien ántes las consecuencias, y estoy seguro que ningun oficial de algun discernimiento y buen criterio se atreveria á ello. Y áun cuando algunos quisieran dar semejante paso aisladamente, ¿no sentirian luégo haberse puesto en evidencia ante el resto del ejército bajo un punto de vista tan mezquino? Y dado caso de que los demás siguieran el ejemplo, ¿cómo se consolarian despues de haber causado la ruina y la desgracia de nuestro país? Seguramente no podrian ménos de recordar que por su culpa habia recaído un padron de ignominia sobre todo el ejército y el carácter de un oficial americano seria entónces tan despreciable como glorioso es ahora.

» Confieso que las apariencias no son favorables en este caso; pero á mi ver suponen más de lo que en efecto hay. Los oficiales de Jersey se distinguieron siempre como ciudadanos y como soldados, y confio que ninguno de ellos es capaz de hacer cosa alguna que pueda ser una mancha para su intachable reputacion. Esos caballeros no tratan seriamente de hacer lo que dicen; han elegido mal los medios de llegar á un buen fin, pero me lisonjeo de que si reflexionan un poco renunciarán á dar un paso impropio.

» Al empezarse la campaña, precisamente en el momento de recibir órdenes de marcha para un importante servicio y cuando su honor, sus deberes al país y á sí mismos, y su consideracion militar les imponen graves obligaciones, no es de creer que esos oficiales persistan en semejante idea, pues se ofenderia su delicadeza, sólo al pensar que pudiera creerse que trataban de dictar órdenes á su país, aprovechándose del apuro del momento.

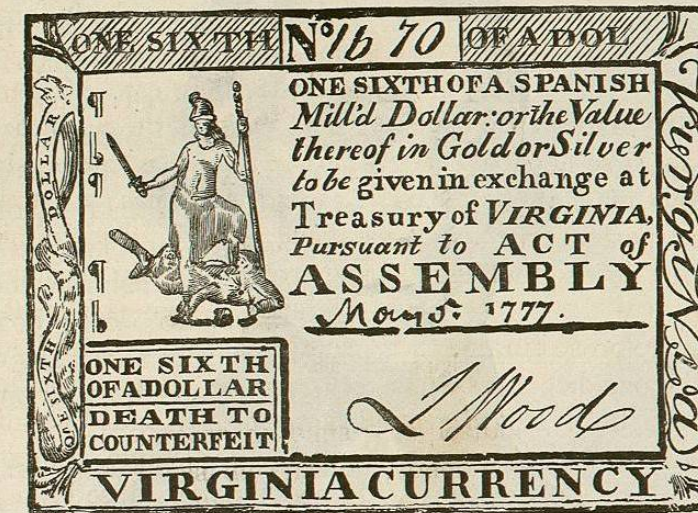
» La declaracion que han hecho al Estado en tan críticas circunstancias, manifestando que á ménos que no se atiende á sus reclamaciones en el término de tres dias presentarán la dimision, no puede seguramente inducir á creer otra cosa de lo que digo.

» Espero, pues, que participareis mi opinion á esos caballeros, procurando hacerles comprender su error, pues el servicio que debe prestar su regimiento no admite la menor dilacion, puesto que las tropas deben ponerse en marcha en la mañana del lúnes con direccion al campa-

mento. Confio ciegamente que no se dejará de obedecer esta órden.»

Los oficiales insistieron en sus reclamaciones, y para dar una satisfaccion á su general en jefe, dirigiéronle un escrito que terminaba con los siguientes párrafos:

«La razon y la experiencia nos inducen á no confiar en el Congreso. Entre nosotros son muy pocos los que poseen una fortuna, y muchos los que, teniendo familia, son víctimas de la ingratitude de su país. ¿Hemos, pues, de sufrir todos los contratiempos de la vida militar, miéntras



Papel moneda de Virginia

que nuestras mujeres é hijos carecen de lo más necesario, sin que haya esperanza de una recompensa, y cuando nuestra paga es puramente nominal? Seguros estamos de que V. E. no desea semejante cosa.

» Sentimos infinito piense que tratamos de desobedecer sus órdenes, cuando es nuestra intencion, y siempre lo ha sido, marchar con nuestro regimiento y cumplir con nuestro deber, hasta que la asamblea legislativa nombre los oficiales que nos hayan de reemplazar.

» Aseguramos á V. E. que siempre hemos apreciado su valor y sus virtudes, que siempre hemos cumplido sus órdenes con el mayor gusto, y que amamos á nuestra patria. Pero cuando esta es tan injusta que olvida á los que la sirven y no les recompensa como es debido, tienen que renunciar á su servicio.»

Esto nos confirma cuán grande era el ascendiente que Washington llegó á alcanzar en el ejército, cuando el respeto y la consideracion que infundia encontrábanse hasta en la desobediencia.

Reconociendo que tal justificacion reclamaba eficaces medidas, pero que al propio tiempo era

imposible acceder á su demanda, Washington concretóse á contestar á dichos oficiales, por conducto del general Maxwell, «que miéntras cumplieren con su deber no olvidaria sus servicios;» y la asamblea legislativa de Nueva-Jersey procuró adoptar algunas medidas en beneficio de las tropas, lo cual bastó para que los oficiales retirasen su reclamacion y continuaran en sus puestos.

Pero á pesar de estas y otras muchas dificultades y contratiempos, Clinton no se atrevió á permanecer en Filadelfia, y marchó precipitadamente hácia Nueva-York como ya hemos dicho.

El año siguiente, 1780, no pudo el general inglés, falto de tropas, tomar la ofensiva; y si Washington hubiese encontrado más ardor en sus conciudadanos, hubiérales sido fácil asegurar desde entónces el triunfo de los Estados-Unidos, por medio de victorias decisivas.

La llegada de Rochambeau con cinco mil franceses, trajo muy pronto estos triunfos. En vano los ingleses se apoderaron de Savannah; en vano la guarnicion de Charlestown depuso las armas ante ellos; en vano Gates y Green



fueron batidos en la Carolina; en vano la causa de la independencia perdió, con la traición de Arnold, uno de sus más valientes defensores, mientras que el ejército de Pensilvania se rebelaba y no cesaba de tomar incremento la anarquía; nada podía en adelante restablecer la dominación de Inglaterra. Todos los triunfos que



Lord Rawdon, marqués de Hastings

Intentó inútilmente separar á los americanos de la alianza francesa, y en 1782 abriéronse en París negociaciones generales, que al principio dieron por resultado un tratado mediante el cual se reconocía provisionalmente la independencia de los Estados Unidos, y después el tratado definitivo de Versalles, en 1783. Inglaterra devolvió á Francia todas las posesiones que le había arrebatado, y reconoció el derecho de volver á levantar las fortificaciones de Dunkerque; cedió á España las dos Floridas y la isla de Menorca, y la Holanda recobró también sus colonias.

Así terminó aquella lucha gloriosa que tuvo por resultado la fundación de una nueva poten-

ésta obtuvo fueron estériles, y la capitulación de lord Cornwallis, en 1781, ante las fuerzas de Washington, Rochambeau, y la flota de Grarse, no le dejó muy pronto más que Savannah y Nueva York.

El 28 de marzo de 1782 cayó el ministerio North, y la Inglaterra se resignó á tratar.

cia, y que sólo por esto influyó poderosamente en el porvenir del mundo entero.

Pero no fué únicamente esto lo que se obtuvo, si que desde aquel momento quedó establecido también un nuevo principio. Sin embargo de las muchas revoluciones que en nombre de la libertad habían agitado á los pueblos antes de la de América, esta fué la primera que dió por fundamento á la libertad los derechos imprescriptibles de la humanidad, proclamados más tarde por la filosofía del siglo XVIII. Bajo este punto de vista, la revolución francesa no hizo sino imitar á la América; el mundo antiguo ha sido aleccionado por el nuevo.

Tan pronto como vió asegurada la libertad

americana, Washington se apresuró á depositar en manos del Congreso los poderes extraordinarios que recibiera. Los adquirió sin ambición, y los dejó sin pesar, después de haberse mostrado tan celoso de ellos mientras duró el peligro.

¡Admirable fuerza de voluntad, de grandeza de alma, de virtudes cívicas, las de aquel grande hombre! Durante aquellos nueve años de lucha, y aún después de ella, no faltaron á Washington obstáculos, contratiempos, enemigos, traiciones, errores, cansancio público; pero su fe y esperanza no vacilaron un momento. En los días más aciagos, decía: «No puedo dejar de esperar y creer que al fin el sano juicio del pueblo triunfará de sus preocupaciones... No puedo pensar que la Providencia haya hecho tanto para nada... El gran Soberano del universo nos ha conducido tan lejos en la senda de la dicha y de la gloria, que no querrá abandonarnos á la mitad del camino. Nuestra locura y mala dirección es fácil que nos desvien de tiempo en tiempo; pero estoy convencido de que conservamos el sano juicio y la virtud suficientes para volver al buen camino antes de perdernos del todo (1).»

Una gran confianza en su manera de obrar, unida á la más poderosa energía de convicción, le acompañaban en la estimación de las cosas así como en la práctica de los negocios. Dotado de entendimiento muy libre, más bien á fuerza de exactitud, que por riqueza y flexibilidad, no recibía de nadie sus ideas, ni las adoptaba por prevención, sino que las formaba con la simple vista ó con el atento estudio de los hechos, sin ninguna interposición ó influencia, siempre en relación directa y personal con la realidad. Por esto cuando había observado, meditado y fijado su plan, nada le interrumpía; no se estancaba en la duda ó en la incertidumbre por las ideas de otro, ni tampoco le detenía el deseo de aprobación ó el temor de que le contradijesen. Confía en Dios y en sí mismo: «Si fuera dado á algún poder terreno—decía—ó si el gran Poder supremo quisiera desplegar el estandarte de la infalibilidad en las opiniones políticas, ninguno acudiría á alistarse bajo él más pronto que yo, mientras sirviese al público. Pero habiendo visto hasta ahora que la mejor guía son las rectas intenciones y el atento examen de las cosas, no seguiré otras máximas mientras viva (2).»

(1) Writings, tom. IX, págs. 5-383-392.

(2) Writings, tom. XI, pág. 70.

Al entendimiento libre y firme unia un gran corazón, dispuesto siempre á obrar según le dictaba su pensamiento, y que aceptaba la responsabilidad de su acción. Fuese la ocasión grande ó pequeña, próximas ó remotas las consecuencias, Washington, una vez convencido, seguía adelante, fiando en su convicción. Al ver su tranquilidad, hubiérase dicho que le era natural decidir asuntos y salir garante de ellos: indicio seguro de un genio nacido para gober-



Pablo Jones

nar; admirable poder cuando va unido á un concienzudo desinterés.

En varias ocasiones dió de ello eficaces y elevadas pruebas: en 1782 rechazó el poder supremo y la corona, que le ofrecieron oficiales descontentos, expresándose en los siguientes términos en su contestación á la carta que le escribió el coronel encargado de transmitirle semejante proposición: «Con la mayor sorpresa y asombro he leído atentamente el contenido de vuestra carta, y puedo aseguraros que nada de lo ocurrido en el trascurso de la guerra me ha causado tanta aflicción como el saber que el ejército abunda en las ideas que acabais de comunicarme, y que repruebo severamente. A nadie daré por esta vez conocimiento del hecho, y guardaré el secreto religiosamente, á no ser